

PRIMAVERA DEL '76

Era el día de la primavera, un poco fría ese año. Los Jacarandas de Santo Domingo, como nunca, estaban desnudos de flores debido a la sequía de cinco meses. De mágica belleza, estos árboles vestían de lila y perfumaban con hermosura el humilde pueblo que, ahora ofrecía un paisaje terroso y polvoriento.

Juan había llegado de Buenos Aires para tomar un descanso de sus actividades y porque extrañaba el paisaje. Siempre se encontraba con sus amigos y algunos compañeros del secundario. Una mateada en la casa de alguno de ellos era la excusa; la fuente en donde Juan abrevaba sus raíces recordando viejos tiempos y se ponía al tanto de novedades.

Le abrió la puerta Sofía, madre de Rosa. Su sonrisa, grande como su humanidad, le iluminaba el rostro. Con alegría incrustó a Juan entre sus pechotes generosos y lo hizo pasar. Entró en la cocina un tanto oscura, respiró un aire tenso y pesado. Se entremezclaban risas, voces fuertes, exclamaciones de rebeldía, brazos en alto y puños cerrados. Rosa imponía su voz ronca y tenaz.

– ¡Tenemos que ir a las reuniones, nos podrán guiar, ayudarnos, acompañarnos!

– ¡¿Dónde está Jorge? ¡Tienen que oírnos! -era el amor de Rosa, era el compañero y amigo de todos.

– Sí, dijo Iván, vamos a preguntarles, ¿qué hay de malo en ello?

Luego las réplicas de los demás:

– No nos llevarán el apunte -Iván mirándose las manos pensaba en voz alta- ¡Qué fuerza tenemos!

– ¡Cómo qué fuerza tenemos! -dijo Eduardo- Iremos todos juntos, hablaremos a nuestros dirigentes, hemos trabajado en la campaña, seguro nos acompañarán, nos jugamos por ellos, llegaron a altos cargos gracias a nosotros. ¿O no? -Se miraron entre ellos y se rieron de Eduardo.

Rosa con sorna dijo: ¡Qué imbecilidad estás diciendo Eduardo! ¿Todavía le creés a esos idiotas obsecuentes? ¡Esos -remarcó- ni ideales tienen, ni fuerza, ni una mierda! ¡No nos reconocen nada! ¡Nos usan, métetelo en la cabeza. Para ellos solo servimos para pegar carteles y repartir votos! Pareció invadirlos el silencio...

Rosa se encendía como brasa quemante al hablar. Y mirándolo a Juan preguntó:

– ¿Y vos porteñito, qué decís a todo esto?

Juan no reconocía a Rosa, su otrora alegre y cómplice compañerita. Los años la habían transformado de pequeña niña a una mujer con cuerpo de junco, ojos achinados, morena y atractiva como un pecado. ¡Brava la Rosa! Auténtica y sin doblez. Juan, mundano y todo un profesional se sintió pequeño ante la mirada y la actitud de Rosa. No supo qué contestar, balbuceó un... Creo que tenés razón Rosa, en realidad... creo... -dijo mirando al resto- que las intenciones de todos son válidas en tanto y en cuanto luchen unidos, con firmeza pero con prudencia. Los milicos son de temer...

– ¡Temer! ¡Temer!... dijo Rosa, ¡no se te ocurre otra palabra, pecho frío! Su voz sonó a reproche.

Nuevamente el silencio sentó sus reales en la oscura cocina. Se miraron unos a otros. Sofía escuchaba y se limitaba a pasar el mate humeante y lavado y admirar la bravura de su hija.

– No... -dijo Juan tibiamente- bueno... tal vez tengas razón, como yo estoy desligado de ustedes por vivir en Buenos Aires y no milito en ningún partido, vengo como amigo y hablo lo que veo allá, es muy duro, todos los días desaparece alguien. ¡Cuidense!

Rosa parecía mirarlo despectivamente pero no dijo nada. Esa noche Juan no pudo dormir y al otro día tampoco. A la mañana salió muy temprano a comprar el diario y, Pedro, el quiosquero, le dijo: ¿Supiste lo que pasó Juan?, a la madrugada los milicos se llevaron por la fuerza a Rosa. Igual, igual que a Jorge...

"Pecho frío..." se repitió Juan.

Más tarde supo que encontraron los cadáveres de Rosa y Jorge en la barranca del río Dulce. Nada fue igual. Quería mirarse al espejo y no podía, al enfrentarlo se deslizaba para no verse. Los ojos achinados de Rosa le dijeron por años "Pecho frío".

Esa primavera del 76, los jacarandas no florecieron.

Hoy, treinta años después, tampoco.